

corresponden a la propia ciudad y sus zonas suburbanas. Estas aparecen divididas en siete apartados: votivas, imperiales, magistrados romanos, militares, magistraturas y sacerdocios de la misma colonia, edificios públicos, y finalmente las referentes a oficios, juegos y artes. El estudio de cada título se presenta del siguiente modo: primero la descripción del soporte, medidas del mismo y de las letras; su historia desde el momento del hallazgo hasta su ubicación final o pérdida definitiva; principal bibliografía sobre el mismo; el texto en cursivas con los complementos oportunos y barras separadoras; finalmente comentarios explicativos sobre algún aspecto particular del texto: histórico, lingüístico, religioso, arqueológico, etc. Cada texto lleva su foto correspondiente, de una gran claridad que permite cotejar de manera directa el texto escrito por Garzetti con el original, o bien un dibujo (en el caso de que no se conserve la inscripción y que es de un manuscrito antiguo). Conviene avisar (aunque en verdad no sería realmente necesario) que el idioma utilizado en la redacción de las inscripciones brixianenses es el latín, con la debida corrección y estilismo académico que proporciona una fácil consulta y lectura; la publicación de estas obras en latín permite recordar lo negativo que supone la desidia de la enseñanza de la lengua de Roma en los planes de estudios actuales, pues aunque este latín moderno no presenta los problemas del de Cicerón o Tácito, puede impedir desgraciadamente su acceso a numerosas personas que carecen de los mínimos rudimentos para desentrañar la oración más sencilla.

La obra se complementa con un plano de Brescia al que se le superpone el de Brixia, indicándose los monumentos principales y el trazado del *cardvs*, el *decvmanvs* y las restantes vías. También se acompaña de un mapa desplegable del «Ager Brixianvs et Brixia adtribvtvs».

La lectura de los textos epigráficos y la contemplación de los soportes de los mismos nos permite ver satisfactoriamente cómo el sistema de vida romano había calado en esta zona alpina de la Gallia Transpadana, y lo mismo aquí que en la Lusitania, por ejemplo, se aceptaban toda una serie de ritos y usos que uniformaban las normas existenciales de estos europeos: las dedicaciones a los dioses del Panteón oficial (aunque perviviesen dioses locales, como el brixiano *Bergimvs*, núms. 6, 7, 8), a la familia imperial, los mismos cargos políticos, etc.

Es, pues, el libro de Garzetti una aportación muy válida no sólo para el campo de la Epigrafía, sino también para el conocimiento de la pequeña historia de una colonia en las estribaciones de los Alpes Retios.

J. L. GAMALLO

M. KOCH, *Tarschisch und Hispanien*, Berlín, 1984, (*Madri der Forschungen*, vol. 14), XLIX páginas de bibliografía + 170 de texto e índices.

Este voluminoso estudio está todo él consagrado a tratar de demostrar una conocida hipótesis: que Tarsis es una denominación semítica que designa una región del S. de Hispania, tomada como tarde en el siglo X a.C. de un topónimo autóctono *trs-/trt-*, que reproducen los griegos por *Tartesós* (la forma con simple, y no con geminada, es según Koch [p. 111] la originaria), de suerte que en esencia responde a la realidad el relato bíblico tocante a los contactos comerciales de Hiram, rey de Tiro, y

su aliado Salomón con el Oeste mediterráneo, en busca siempre de minerales preciosos. El análisis de las fuentes ocupa, como debe, la mayor parte del libro, que primero pasa revista a los pasajes bíblicos (pp. 9-101) y después a los textos no bíblicos que hablan de Tarsis (pp. 103-126) con profusión de notas y digresiones muy documentadas. Pero en este punto comienzan las primeras dificultades; en efecto, semejante distribución del material estudiado no se ajusta a las exigencias de los datos, pues de la Tartesos hispana la Historia y la Arqueología parece que saben algo, mientras que todavía no se han despejado las espesas brumas que reinan sobre Tarsis. En consecuencia, Koch debería haber gastado menos esfuerzos y energías en desvelar misterios de la Biblia y hallar el paradero de las minas de Salomón, prestando en cambio más atención a encontrar fehacientes puntos de engarce entre Tartesos y Tarsis.

De hecho, las razones tan eruditamente esgrimidas en las 108 primeras páginas invitan a admitir de grado que el Tarsis mencionado en el Antiguo Testamento sea un topónimo, como lo es de forma indudable en la famosa inscripción de Asarhaddon, fechada por el autor después de la derrota de la coalición antiasiria en 671 a.C. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos de Koch sigue sin verse clara la localización de Tarsis en Hispania. En la epigrafe asiria los demás nombres de lugar no están desparjamados al tuntún, sino que se localizan todos ellos en la Geografía del Oriente próximo: Tiro, Egipto, Patros, Kus, Chipre, Yawan. ¿Por qué ha de ser Tarsis una excepción a la regla?¹. Al parecer, sólo por dar gusto graciosamente a los dictados de la Historiografía alemana, que salta del mundo egeo al Mediterráneo occidental en una linda acrobacia muy aplaudida antaño por Schulten (*Tartessos*, Madrid, 1945, p. 58), yendo a golfo lanzando, sin tomar pausa ni respiro en el anchuroso espacio que media entre una y otra orilla. No cabe duda de que existieron contactos entre ambos extremos, anovelados ya por Heródoto; con todo, falta alegar testimonios que justifiquen que la pretendida ecuación Tarsis=Tartesos es algo más que una asonancia sugestiva.

En este momento se presenta la prueba contundente, «endgültig» (p. 109): la mención supuesta de Tarsis en dos textos griegos (cf. Schulten, *Tartessos*, p. 54), tomados de sendas fuentes, latina la primera y púnica la segunda, no siempre bien entendidas. Ambos pasajes proceden de un historiador muy serio y respetable como es Polibio; pero se da el caso de que, sometidos a escrupuloso examen, uno y otro se enmarcan en un contexto semejante. Veamos. En el primero (Pol. III 24, 2-4), donde se exponen las cláusulas del tratado romano púnico del 384 a.C., se cita un *Mastia Tarseion* analizado otrora por Wickert (*Klio*, XXXI [1938] 354 ss.) como *Mastia Tarseiorum*, con un genitivo latino arcaico en *-om* por *-orum*, siendo estos enigmáticos y chocantes *Tarseii*, como bien se puede suponer, ni más ni menos que los Tartesios; en el segundo (Pol. III 33, 9) se recoge la estela de Lacinio (205 a.C.), que enumera entre los pueblos en los que Hánibal reclutó mercenarios a los *Thersitai Mastionoi*. Demos por bueno que *Tarseii* y *Thersitai* sean dos denominaciones distintas de un mismo pueblo; ahora bien, la crítica más elemental lleva entonces a concluir que, si en el primer pasaje *Mastia Tarseion* forma una unidad política, por la misma regla de

¹ Últimamente P.-R. Berger («Eliasar, Tarschisch und Jawan, Gn 14 und 10» en *Die Welt des Orients*, XIII [1982] 64 ss.) resucita la vieja identificación de los LXX: Tarsis=Cartago, derivado de *krkdwn* 'piedra preciosa', etimología que parece desaconsejar el griego (*Karkhedon* 'Cartago', *khalkedon* 'calcedonia'), lengua en la que no parece desenvolverse bien Berger. (Debo el conocimiento de este artículo a la amistad de J. M. Blázquez.)

tres los *Thersitai Mastianoï*, en vez de desdoblarse en dos, como se hace en todas las ediciones al uso de Polibio, constituyen una única e idéntica etnia. Esta inevitable y forzosa deducción la hace Koch también, pero de manera muy velada, en una discretísima nota (p. 115, n. 30), pues, de pasar a integrarse en el texto la doctrina correspondiente, los dos testimonios de Polibio quedarían privados de la mayor parte de su valor probante: entonces, en efecto, aparecería Tarsis en Hispania, sí, pero no en el núcleo natural del dichoso pueblo *trs-/trt-*, asentado a riberas del Guadalquivir (llamado *Tertis* por Schulten en Livio XXVIII, 22, 2), sino en el sureste de la península, en la actual costa malagueña, con lo que se esfuma la cacareada igualdad de Tarsis y Tartesos; pero a mayor abundamiento oigamos lo que nos dice el propio Koch (p. 124): en tiempo de Isaías (231 ss.) el nombre de Tarsis «comprendía al menos la costa sur», pues los asentamientos fenicios adjudados crípticamente en la profecía caían algunos fuera de la zona *trs-/trt-*. Al fin y a la postre, y sobre la propia armazón argumental de Koch, se puede ubicar Tarsis allí donde evidentemente no se encuentra Tartesos: ironías de Clío. Podemos concederle (p. 122 ss.) que Tartesos era una denominación ante todo geográfica o geopolítica en la que queda subsumido todo el sur sin distinciones etnográficas, correspondiendo a la Turdetania romana; no obstante, siguen faltando pruebas que indiquen lo mismo de Tarsis. Es más: hay veces en que Koch arroja piedras contra su propio tejado, como cuando en el fragmento de Teopompo mantiene la lectura de los códices *Massía khóra apokeiméne tois Tartesiois*, palabras que únicamente pueden significar que Massía es un territorio alejado de los tartesios y no, como él supone (p. 118, n. 9), «sometido a su influjo», traduciendo en realidad la corrección *hypokeiméne* de Schulten.

El libro, en definitiva, primorosamente impreso, como todos los de la serie, supone un muy loable esfuerzo por desentrañar un enigma apasionante; causa pasmo su formidable aparato erudito, es de agradecer tanto más por ello su extrema claridad. El problema, no obstante, queda sin descifrar pura y simplemente porque hoy por hoy resulta insoluble: «es muss bezweifelt werden, ob diese Fragen ohne neues Quellenmaterial überhaupt lösbar sind», afirma sabiamente el autor en una ocasión (p. 143) sin escarmentar por ello en cabeza ajena, y eso que reprocha a la Historiografía española, él sabrá si con razón, que no cese de repetir teorías trasnochadas sin aducir nuevos razonamientos (p. 111); pues bien, mucho me temo que su probado cariño a nuestra patria haya nublado ahora el entendimiento de Koch, haciendo también su obra más redundante y reiterativa de lo debido, pues en un balance final su aportación no supone un progreso notorio sobre hipótesis de todos conocidas, siempre probables pero nunca demostradas.

JUAN GIL

Obras recibidas durante el año 1985

- J. M. Abascal Palazón, *Vías de comunicación romanas de la provincia de Guadalajara*, Guadalajara, Diputación Provincial, 1982.
- Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae, 29, 1981.
- Acta Classica, 21, 1978-26, 1983.
- Acta Classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis, 16, 1980; 17/18, 1981/82.
- Acta Musei Napocensis, 20, 1983.
- Actas das III Jornadas Arqueológicas (1977), Lisboa, Associação dos Arqueólogos Portugueses, 1978.
- Actas del I Symposium de Arqueología Soriana, Soria, Diputación Provincial, 1984.
- Actes du II^e Congrès International de Thracologie, Bucarest, Académie des Sciences Sociales et Politiques, 1980.
- Aegyptus, 61, 1981-64, 1984.
- Al-Basit, 10, 1984; 11, 1985.
- G. Alföldy, *Römischen Statuen in Venetia et Histria. Epigraphische Quellen*, Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1984.
- M.^a J. Almagro Gorbea, *Catálogo del arte clásico*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984.
- Analecta Romana Instituti Danici, 8, 1977-13, 1984.
- Analele Universitatii Bucuresti, 34, 1985.
- Anales de Historia Antigua y Medieval, 1975/76, 1982.
- Anatolian Studies, 34, 1984.
- Ancient Society, 13/14, 1982/83.
- Annalen van den Koninklijke Oudheidkundige Kring van het Land van Waas, 87, 1984.
- Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia. Studi Classici, 19, 1981/82; 20, 1982/83.
- Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa, 1984.
- Annali del Liceo Classico G. Garibaldi di Palermo, 17, 1980; 20, 1983.
- Annals de l'Institut d'Estudis Gironnis, 26, 1982/83.
- Annual of the Department of Antiquities, 27, 1983.